

en el *lib. de las 50 Homilias, Homil. 27, etc.* si se cansan tus manos de bien obrar, llevará la ventaja Amalec, esto es, el demonio.

Habiéndose lo Dios ordenado, erigió Moisés un altar despues de la victoria, ofreció en él sacrificios en accion de gracias, y dió á este altar un nombre que significa: *El Señor es mi glorioso estandarte*; á fin de que este nombre recordase á los israelitas que á Dios solo debían la victoria alcanzada de sus enemigos.

Despues de esta victoria llegó á oídos de Jetró, sacerdote de Madian y suegro de Moisés, como éste habia sacado á su pueblo del cautiverio de Egipto, y que venia capitaneándole. Fué á verle, llevándole á Séfora su mujer, con sus dos hijos, recibiendo Moisés á todos con mucho contento. Y porque Jetró vió que todo el día se le iba á Moisés en averiguar pleitos y diferencias de los hebreos, aconsejóle que eligiese algunos varones prudentes de quien se fiasse, los cuales le ayudasen en este ministerio, y que solo acudiesen á él en los casos mas dificultosos, y así lo hizo Moisés, lo cual le fué de grande alivio en el cargo que tenia. Con esto le dejó Jetró con su mujer é hijos, y él se volvió á su tierra.

Las verdades que Dios enseñó á Adán, y cuyo conocimiento habia pasado por tradición de padres á hijos, principiaron á alterarse, y de temer era que bien pronto se borrasen de la memoria de los hombres; y así para conservarlas resolvió el Altísimo darlas por escrito, mandando á Moisés, que dijese de su parte á los hijos de Israel: «Habeis visto el modo con que os he sacado de Egipto, y como os he escogido por mi pueblo. Si oyereis pues mi voz y guardáreis mi pacto, seréis para mí un pueblo amado y seréis una nacion santa.» El Señor añadió: «Haz que todos se purifiquen entre hoy y mañana, y que estén preparados para el tercer día, en el cual bajaré á vista de todo el pueblo sobre el monte Siná. Señalarás límites al pueblo al rededor, y prohibirás traspasarlos.»

Al amanecer del día tercero principian á oírse truenos y á relucir relámpagos: cubre una densa nube la montaña, resuena una bocina con espantoso estruendo, y atemorízase el pueblo que está en el campamento; y en medio del fuego habla el Señor y publica los diez mandamientos de su ley, á los que se ha dado el nombre de *Decálogo*, y de los cuales los tres primeros enseñan los deberes del hombre para con Dios, y los otros siete sus obligaciones para con el prójimo, encerrándose en ellos los principios de la ley natural. Acaba de hablar el Señor y retumba de nuevo el estampido de los truenos y el son de las

trompetas (\*). Veía todo el pueblo los relámpagos y el sonido de la bocina y el monte humeando, y en medio de su pavor dijo á Moisés: «Háblanos tú, y oíremos; no nos hable el Señor, no sea que muramos.» Y respondió Moisés al pueblo: «No temáis, porque Dios ha venido á hacer prueba de vosotros, y para que su terror esté en vosotros, y no pequeis.»

Mientras el pueblo aterrado permanecía muy lejos del monte, acercóse Moisés al lugar en que Dios estaba. Le dió el Señor varias leyes para los hijos de Israel, y añadió: «Yo enviaré mi ángel para que vaya delante de vosotros, y os guarde en el camino, y os introduzca en el país que os tengo preparado. Pondré en vuestras manos á los cananeos, y haré que á vuestra presencia vuelvan la espalda todos vuestros enemigos.» Refirió Moisés al pueblo las palabras y órdenes del Señor, y todo el pueblo respondió á una voz: «Haremos todo cuanto ha hablado el Señor.» Entonces escribió Moisés todas las palabras del Señor, y levantándose muy de mañana, edificó un altar al pié del monte, de doce piedras, que representaban las doce tribus; y como era costumbre sellar los tratados con sangre de víctimas, ofrecieron holocaustos y sacrificaron becerros, víctimas pacíficas al Señor, de cuya sangre tomó la mitad y la echó en tazones; y la parte restante la derramó sobre el altar. Y tomando luego el libro en que estaba escrita la alianza, leyó oyéndolo el pueblo, que respondió: «Todo lo que ha hablado el Señor haremos, y seremos obedientes.» Moisés hizo entonces con la sangre una aspersion sobre el pueblo, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros.»

Con esta augusta ceremonia confirmaba Moisés en calidad de mediador la alianza que el Señor contrajo en aquel día con los hijos de Israel, aceptaba sus compromisos, y recibía sus protestas de obediencia. Esta ceremonia empero no fué sino figura de la que despues de quince siglos confirmaría la nueva alianza del Señor con todos los hombres; alianza cuyo mediador debia ser Jesucristo, quien con su propia sangre la establecería no precisamente con la familia de Jacob, sino con todo el linaje humano, que sacó, no de la opresion de Egipto, sino de la tiranía de la muerte, del pecado y del demonio.

(\*) Los diez preceptos ó sea el Decálogo, no lo recibió el pueblo inmediatamente de Moisés, sino de Dios por ministerio de un ángel que representaba su persona, para significar que la ley de la naturaleza, que se comprende en el Decálogo, fué impresa por Dios en el corazón de los hombres. (P. Scio.)

Subió Moisés en seguida al monte, al cual cubrió luego una nube; y la gloria del Señor se manifestó en la cima del Sinai, cubriéndola con la nube por seis días; y al séptimo llamó Dios á Moisés de en medio de la nube oscura. Habiendo entrado Moisés en medio de aquella niebla, subió á la cima del monte en donde estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber: en tanto Dios le daba sus órdenes para la construcción de un tabernáculo y de cuanto debía acompañarle; le señaló las medidas y le hizo ver el modelo: le prescribió asimismo la forma del vestido de los sacrificadores, las ceremonias de su consagración y cuanto pertenecía al culto divino: dióle por último las dos tablas del testimonio, ó del Decálogo, que eran de piedra, escritas con su dedo (\*).

Viendo el pueblo que su caudillo Moisés tardaba en bajar del monte, levantándose contra Aaron, le dijo: «Ea, haznos dioses que nos guíen, ya que no sabemos que se ha hecho de Moisés, de ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.» Aaron tuvo la flaqueza de ceder á sus sediciosas instancias, y de fabricarles un becerro de oro. Entonces el Señor dijo á Moisés: «Baja del monte, porque el pueblo acaba de desviarse del camino que le enseñaste: se ha formado un becerro de oro, y adorádole como si fuese su Dios.» Moisés rogaba al Señor á que perdonase á aquel pueblo á quien con tantos milagros había libertado. El Señor se dejó aplacar; pero era necesario un ejemplar de severidad y de justicia. Baja Moisés del monte, llevando en su mano las dos tablas de la ley, llega cerca del campamento, ve el becerro de oro y al pueblo bailando en derredor de él, y arrebatado de santa indignación arroja las tablas de la ley y las rompe al pié del monte, y acometiendo al becerro lo arroja al fuego y lo reduce despues á polvo, que esparce en agua, y lo hace beber al pueblo para que ni vestigio quede de tan horrenda abominación. Mas no se contentó con esto Moisés, antes juntándosele muchos de la tribu de Leví, cuya mayor parte ó no consintieron en la idolatría, ó si consintieron, conforme sienten algunos, arrepentidos sinceramente de su pecado se pusieron los primeros al lado de Moisés; mandóles que fuesen por medio del campamento y diesen la muerte á todos los que se les pusiesen delante, no perdonando á persona alguna: castigo justo si se atiende que muchísimos de los israelitas estaban pertinaces en corrillos fuera de las tiendas tratando de vengarse de Moisés y llevar adelante su idolatría, y

(\*) Por un ángel de orden de Dios, ó por el Espíritu Santo, que es llamado el dedo de Dios. (P. Scio.)

así fueron estos muertos, sin que se tocase en los que ya estaban en pena de lo que habian hecho y lloraban su pecado. De suerte que de los obstinados y rebeldes fueron muertos como veinte y tres mil hombres.

Volvió Moisés al monte y rogó á Dios perdonase al pueblo por aquel pecado, ó que le borrarse á él del libro de la vida (\*). Respondióle el Señor: «Al que pecare contra mí, á ese borraré yo de mi libro.» Mandóle Dios hacer otras dos tablas semejantes á las que habia quebrado, y estas son las que Moisés llevó al pueblo, y se conservaron dentro del arca.

Mandó Dios en su ley que en todos los sacrificios le ofreciesen sal: por la sal se entiende la prudencia, denotando que no hay cosa, por buena que sea, que dé sabor si no va hecha con prudencia. Mandó que se le sacrificasen diversos animales, excepto el asno, por el cual se significa la necedad, y los necios no son buenos para nada. Tambien vedó que le ofreciesen caballo, leon, raposa, puerco, perro, miel y gallina, porque ni los soberbios, ni los traidores de dos rostros, ni los lujuriosos, ni los iracundos, ni los regalados, ni los lisonjeros, significados por los animales dichos, son dignos de ser presentados ante su divina Majestad. Mandó que no le ofreciesen peces, porque sacándolos de la agua se mueren, y no podrian ser llevados vivos al templo, en el cual quiso Dios que fuesen muertos los animales que le habian de sacrificar, y no antes: porque en todos los sacrificios se significaba que el Hijo de Dios habia de ser muerto para nuestro remedio. De los animales de cuatro piés mandó, que no le ofreciesen sino ovejas y bueyes, y lo que es de su género; y de las aves, tórtola, paloma y pájaro, por muchas razones: una porque estos animales se mantienen de manjar limpio, lo que no hace el puerco y la gallina, y significan la pureza del alma, que quiere Dios que le ofrezcamos. La segunda porque de estos animales habia más copia, y no costaban mucho. La tercera porque los gentiles honraban por Dios al cabron, en cuya figura se les parecia el demonio, y por eso dice la Escritura, que no se habian de ofrecer á Dios las abominaciones de los egipcios. Sobre lo cual dice la Glosa, becerro ofrece á Dios el que doma la soberbia de su carne: cordero el que vence los apetitos de la sensualidad: cabrito el que huye la lascivia: tórtola el que guarda

(\*) Como si dijera á Dios: ó perdonadles este pecado, ó borraradme á mí del número de aquellos á quienes honrais con vuestra amistad. Yo bien sé que no quereis borrarame de este número; y así espero que no me negareis el perdón que os pido para el pueblo. (P. Scio.)

castidad: paloma el que tiene fecundidad, y abundancia de buenas obras y simplicidad en el alma.

Cuando Moisés descendió del monte resplandeciale el rostro, sin saberlo él, y salíanle de él unos rayos en alto muy resplandecientes con dos puntas á manera de potencias ó rayos de luz sobre la cabeza; de modo que Aarón y los hijos de Israel no se atrevían á acercársele, hasta el punto de tener que cubrirse él con un velo siempre que hablaba al pueblo; en lo que se nos da á entender, que los que conversan con Dios y se dan á la oracion quedan en el entendimiento iluminados, y en la voluntad inflamados, para hacer lo que saben será agradable á Dios con mas amor y devocion, y con esto salen esforzados á pelear y defenderse de los enemigos.

Iba Dios entreteniendo á los israelitas en el desierto algunos años que fueron por todos cuarenta, como se ha dicho, en los cuales, dice la Escritura, que no se les rompió vestido ni calzado. Entre tanto Moisés, despues de haber reconciliado á su pueblo con Dios, puso su primer cuidado en recopilar todas las leyes y disposiciones que habian sido el asunto de sus conversaciones con el Señor, á fin de que el pueblo las tuviese continuamente presentes; y á esta recopilacion se la llamó *libro de la ley*. Luego mandó ejecutar las órdenes que habia recibido acerca de la construccion del tabernáculo y de todo lo perteneciente al culto divino, é impuso á Israel una multitud de preceptos y prácticas, que ahora parecerian supérfluas, pero que eran entonces necesarias para separar al pueblo escogido de los demás pueblos y servian como de barrera opuesta á la idolatría que reinaba en las naciones vecinas. Para mantener el culto escogió en las doce tribus una de ellas, la de Leví, á la cual encargó el Altísimo el cuidado de las cosas sagradas, cediendo en su favor los diezmos y oblaciones. En la misma tribu de Leví escogió á Aarón para sumo pontífice, y el sacerdocio fué declarado hereditario en su familia. Erigido ya el tabernáculo, templo portátil, consagróle Moisés con óleo santo, y del mismo modo consagró cuanto habia de servir para el culto divino, el arca, el candelero, la mesa de oro, los dos altares y el baño. Fué entonces cuando una nube cubrió el tabernáculo, y la majestad del Altísimo le llenó visiblemente. A estas santas instituciones juntó ceremonias majestuosas, fiestas que renovaban la memoria de los milagros con que habia el pueblo de Israel sido libertado, y lo que ningun otro legislador habia osado hacer, seguridades precisas de un buen suceso en todo, mientras viviesen sujetos á la ley; y amenazas ciertas de que su desobediencia seria seguida de una inevi-

table venganza; y el suceso ha justificado muy bien que habló Moisés lo que dictaba Dios.

Pero si los altares tuvieron sus ministros despues de haber declarado Moisés que Dios habia escogido á Aarón y á sus hijos para ejercer las funciones del sacerdocio, la ley tuvo tambien sus defensores particulares, señalando setenta varones ancianos para que fuesen los maestros del pueblo, y como gobernadores, á los cuales habiéndolos juntado Moisés á la puerta del tabernáculo, habló Dios y les dió el espíritu que habia dado á Moisés, y ellos profetizaron. Dos de los ancianos se habian quedado en el campamento, de los cuales uno se llamaba Eldad, y otro Medad: y tambien posó sobre ellos el Espíritu, aunque no habian ido al tabernáculo. Y como profetizasen en el campamento, al punto Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés dijo: «Señor mio Moisés, no permitas que profeticen.» Pero él respondió: «¿A qué fin tienes zelos por amor de mí? Fuese Dios servido que todo el pueblo profetizase y á todos diese el Señor su espíritu, así muchos darian á conocer su grandeza, y de todos seria servido como merece:» respuesta digna de un ministro del Señor que solamente busca la gloria de aquel á quien sirve. Y volvióse Moisés al campamento con todos los ancianos de Israel.

Segun se ha visto, no era el pueblo de Israel mas inteligente ni mas sutil que los otros pueblos, dice Bossuet, al contrario era tosco y rebelde tanto ó mas que cualquier otro; así es que en diferentes ocasiones hizo Dios algunos ejemplares de severidad en los violadores de la ley, para grabar en los corazones el temor de su justicia y el respeto á sus mandamientos.

Estaba mandado que continuamente hubiese fuego encendido en el altar de los holocaustos, siendo incumbencia de los sacerdotes el conservarlo, poniendo leña en él tarde y mañana. De este fuego se cogia para los incensarios, en los cuales se quemaban perfumes en el altar de oro. Nadab y Abiú, hijos mayores de Aarón, pusieron en él un fuego extraño y profano, contraviniendo á la prohibicion de Dios, el cual en castigo de este crimen les envió un fuego oculto que los devoró por dentro sin tocar por fuera á sus cuerpos ni á sus vestidos, y murieron ellos delante del Señor. «He aquí, dijo Moisés á Aarón, el cumplimiento de esta palabra del Señor: Seré santificado en los que se me acercan y glorificado ante todo el pueblo.» Aarón calló. Se sacaron fuera del campamento los cuerpos de Nadab y Abiú: Moisés prohibió á Aarón que llorase á sus hijos, mandándole no hacer demostracion alguna de duelo, porque el motivo de su afliccion debia ser, no lo que habia perdido, sino la des-

obediencia que habia irritado al Señor, llamando sobre sí el rayo de su venganza.

Algun tiempo despues de la muerte de Nadab y Abiü, en una riña que con otro tuvo, blasfemó un israelita el santo nombre de Dios. Moisés le puso preso en tanto que consultaba al Señor, quien respondió: «Sacad fuera del campamento á ese blasfemo: cuantos hayan oido sus blasfemias pónganse las manos en la cabeza para atestiguar que es cierto el delito de que se le acrimina, y sea apedreado por todo el pueblo. Asi será castigado todo el que blasfeme el nombre del Señor.»

El tercer ejemplo de severidad cayó en un profanador del sábado. Fué cogido un hombre que con menosprecio de la ley, que prohibia en aquel dia ocuparse en ninguna obra servil, hacia leña: presentáronle á Moisés y Aaron, los cuales le hicieron aprisionar, no sabiendo como castigar este delito: consultaron pues al Señor, que mandó, que el reo fuese apedreado por todo el pueblo fuera del campamento.

No debe maravillarnos el rigor de este castigo: la ley que mandaba observar el sábado pertenecia al dogma fundamental de la religion judaica. Violar esta ley era una especie de apostasia, y preciso era imponer á aquel pueblo grosero y rebelde con ejemplares de severa justicia para que no se apartase de la segura y saludable senda del deber.

Tambien María hermana de Moisés, murmuró de él, favoreciéndola Aaron su hermano; levantóse la murmuracion á causa de la Etiopisa, mujer de Moisés. S. Agustin dice era esta Séfora madianita, y que los madianitas se llamaron antiguamente etiopes. Nicolao de Lira esplica que las dos cuñadas tuvieron diferencias entre sí, como de ordinario sucede entre mujeres, y que Moisés favoreció á Séfora, y Aaron favoreció á María; y así estos dos murmuraron diciendo, que tambien Dios les habia hablado á ellos, y de consiguiente no se habian de tener en menos que Moisés. Por esta murmuracion castigó Dios á María cubriéndola de lepra. No castigó con lo mismo á Aaron, ó porque no tuvo tanta culpa como su hermana, ó como dice S. Juan Crisóstomo, porque era sumo sacerdote, y los sacerdotes no deben ser castigados públicamente, á lo menos si los delitos no son atroces. Viendo Aaron á su hermana leprosa, con mucha humildad rogó á Moisés los perdonase y rogase á Dios por ella, lo cual hizo Moisés, y por su oracion fué sana, aunque estuvo siete dias apartada del campamento.

De este castigo hecho en María porque murmuró de su hermano, deben tomar ejemplo los subditos, á no murmurar, ni

poner en lengua á sus superiores, si no quieren ser castigados con divina mano.

Habiendo llegado los israelitas cerra de las fronteras de la tierra de Canaan, mandó Dios á Moisés que enviase exploradores á la tierra de promision para que diesen cuenta al pueblo de su fertilidad. Escogió Moisés para la comision doce varones principales, uno de cada tribu, á los cuales mandó recorrer todo el país de Canaan y traer algunos frutos: tardaron los exploradores cuarenta dias en dar la vuelta á aquella comarca, y trajeron de ella granadas, higos de un tamaño estracrdinario y un vástago de cepa tan cargado de uvas, que era preciso que entre dos le llevasen en un varal. Todo el pueblo se reunió para oir la relacion de los exploradores, y ellos le mostraron los frutos de la tierra prometida. «Hermoso sobremanera es el país que hemos recorrido, decian: tierra en que realmente corren arroyos de miel y leche; pero las ciudades están defendidas con altos muros, y sus habitantes son de estatura gigantesca: al lado de ellos parecemos nosotros langostas: imposible es que venzamos á pueblos tan formidables.» Y aunque Caleb y Josué, que eran tambien de los exploradores, animaban al pueblo, facilitando el negocio, los otros empero que les habian acompañado, decian: «De ningun modo podemos contrastar á este pueblo, siendo como es mas fuerte que nosotros.» Oido esto, todo el pueblo alzó el grito y grande fué el tumulto que levantó, diciendo: «Ojalá hubiéramos muerto en Egipto; y haga el cielo que perezcamos en esta soledad, y no nos introduzca en esa tierra, donde muramos al filo de la espada, y sean llevadas cautivas nuestras mujeres é hijos. ¿Pues no será mejor volver á Egipto? Nombramos un caudillo y volvámonos á Egipto.» En vano se unieron á Moisés y Aaron los enviados Caleb y Josué, esforzándose en reanimar el valor del pueblo diciendo: «No os rebeleis contra el Señor, y no temais á los habitadores de esa tierra, pues podemos devorarlos con la facilidad con que el hambriento devora un pedazo de pan: se hallan destituidos de toda defensa: el Señor está con nosotros: nada tenemos que temer.» No quiso escucharlos el pueblo, y ya se preparaba á apedrearlos, cuando la gloria del Señor se manifestó á todos los hijos de Israel sobre el tabernáculo, y dijo el Señor á Moisés: «¿Hasta cuando ha de blasfemar de mí ese pueblo? ¿Hasta cuando permanecerá incrédulo á vista de los grandes milagros que he obrado en su favor?.... Por mí mismo lo juro: escepto Josué y Caleb, que me han sido fieles, no verá la tierra prometida á sus padres ninguno de esa muchedumbre de testigos de mis maravillas: to-

dos perecerán en el desierto. Empero sus hijos, léjos de ser, como ellos dicen, presa de los enemigos, entrarán en ella en su lugar, despues que la muerte haya talado las vidas de sus padres.» Habiendo referido Moisés todas estas palabras á los hijos de Israel, el pueblo prorumpió en un amargo llanto: mas lo que dijo Dios se cumplió.

No se enmendaban empero los israelitas con estos castigos que Dios hacia con ellos, pues he aquí que Coré, Dathan y Abiron se amotinaron contra Moisés con otros doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel y de los mas ilustres de la sinagoga, y presentándose delante de Moisés y Aaron les intiman, al primero, que deje el cargo de caudillo y capitan que le habia dado Dios, y el sacerdocio al segundo. Por lo cual estando en sus tiendas con sus mujeres é hijos á vista de todo el pueblo vivos se los tragó la tierra, y junto con esto bajó fuego del cielo, que abrasó á los ciento y cincuenta que se habian hecho de su bando. Y porque se quejaban de Moisés otros, diciendo que él habia muerto á aquella gente, y quisieron poner en él las manos, él se fué al tabernáculo, y Dios envió fuego que abrasó catorce mil y setecientas personas, sin contar los que murieron en la sedicion de Coré.

Llegaron los israelitas á una tierra llamada Cades en el desierto de Sin, donde murió María hermana de Moisés, y fué enterrada en aquel mismo lugar. Faltó agua al pueblo, y en vez de recurrir al Señor, murmuraron como tenian de costumbre de Moisés y Aaron, porque les habia sacado de Egipto á morir de sed en el desierto. Entraron ambos al tabernáculo, y pidieron á Dios con grande instancia que remediase esta necesidad. Contestó Dios á Moisés: «Toma tu vara y reúne al pueblo; y tú y Aaron tu hermano hablad á la peña en presencia de toda la gente, y saldrá de ella agua para saciar su sed.» Hízolo así Moisés, hirió la peña con la vara, y porque no salió luego el agua, desconfió, y puso duda en lo que Dios le habia dicho, aunque hiriéndola segunda vez, salió agua en abundancia. Llamóse esta agua de *contradiccion*, porque los hijos de Israel habian murmurado en este lugar contra el Señor, quien dijo á Moisés: «Ya que no me habeis creído para santificarme delante de los hijos de Israel, no introduciréis á estos pueblos en la tierra que les daré.» No puede dudarse que Moisés y Aaron faltaron en esta ocasion contra el Señor, quien se ofende en gran manera de que se desconfie de su bondad, especialmente cuando se han recibido particulares beneficios.

Acercábase el tiempo en que Dios queria poner á los israelitas

en posesion de la tierra prometida. Siendo el mas corto camino para llegar á ella el atravesar la Idumea, cuyos habitantes descendian de Esaú, envió Moisés embajadores al rey de Idumea para pedirle paso por su territorio con promesa de no cometer el menor desorden y de pagar religiosamente cuanto allí tomasen; mas este rey léjos de acceder á su peticion, marchó contra ellos con numeroso ejército. Viéronse pues en la precision de tomar la vuelta de la Idumea hácia el mediodia (\*) y llegaron al monte Hor, donde el Señor dijo á Moisés: «Vaya Aaron á incorporarse con sus padres, porque no ha de entrar en la tierra que di á los hijos de Israel, por haber sido incrédulo á mis palabras allá en las aguas de contradiccion. Toma contigo á Aaron y á su hijo con él, y los conducirás al monte Hor; y despues de desnudar al padre de sus vestiduras, se las revestirás á su hijo Eleázaro. Aaron morirá en aquel sitio y se reunirá á sus padres.» Moisés hizo lo que el Señor mandó, subiendo los tres al monte de Hor en presencia de todo el pueblo, despojando á Aaron de sus vestidos pontificales y revistiendo con ellos á su hijo Eleázaro. Murió Aaron y todo el pueblo de Israel le lloró por espacio de treinta dias.

Habiendo oido el rey cananeo de Arad que habitaba al mediodia que los israelitas iban por el mismo camino de los exploradores, les salió al encuentro con sus huestes, peleó contra ellos, y quedó vencedor tomádoles algunos prisioneros. Mas en vista de esto, como los hijos de Israel se obligasen con voto á destruir y arrasar las ciudades de aquel rey cananeo si el Señor se las entregaba, otorgóles el Señor sus súplicas, y los hebreos pasaron á cuchillo al cananeo, destruyendo sus ciudades: por lo cual dió á aquel lugar el nombre de *Horma*, esto es, anatema ó desolacion total.

Aburrido el pueblo con las fatigas y cansancio del viaje, volvieron á sus murmuraciones contra Moisés porque los traia por el desierto necesitados de pan y agua, y con solo el maná que les provocaba, decian, á náusea. Dios para castigarlos envió una multitud de serpientes que daban la muerte á los israelitas con sus mordeduras ardientes como fuego. En tal conflicto acu-

(\*) En el Deuteronomio, c. 12, v. 29, se dice que los idumeos dieron paso libre por sus tierras á los israelitas para entrar por ellas en las tierras de Canaan, lo cual se debe entender de los idumeos occidentales que confinaban con los moabitas; porque estos de quien aqui se dice que se negaron á ello, son los orientales, que estaban bastante inmediatos á Cades.

dieron á Moisés, y le dijeron: «Hemos pecado hablando mal contra el Señor y contra tí: ruégale que nos libre de estas serpientes.» Moisés rogó por ellos, y el Señor le dijo: «Haz una serpiente de bronce y ponla en la punta de una pica ó varal, y sanará de sus heridas cualquiera que la mire.» Hizo Moisés lo que Dios le habia mandado, y desaparecia el veneno al momento que los heridos volvian sus ojos moribundos á la serpiente de bronce fija en aquel leño de salud.

Esta serpiente de bronce sin ponzoña puesta en el varal, figuró á Jesucristo, puesto en una cruz, á quien mirando los heridos de las serpientes de los pecados, pidiéndole perdon de ellos, sanaban. «Porque el que á ella se volvia, dice el autor del libro de la Sabiduría, no quedaba sano por aquello que veia, sino por tí, Salvador de todos.» ¿Quién no ve en esta admirable figura á Jesucristo pendiente de la cruz? Dios que sabia que su Hijo curaria algun día desde la cruz nuestras llagas espirituales, queria preparar á los hombres á la fe de este gran misterio; y Jesucristo mismo se hace la aplicacion de la espresada imágen diciendo: «Como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea elevado, para que todos los que creen en él no perezcan, sino que tengan vida eterna.»

Rigurosos parecian los castigos que Dios hacia en los hebreos, y todo era necesario para quebrantar su dureza y pertinacia, pues no solo no habia enmienda en ellos, antes con nuevos pecados provocaban á Dios para que de nuevo los castigase. Así fué que temiendo el rey de Madian y Moab llamado Balac, que le habian de quitar el reino los israelitas, llegando ya cerca de sus fronteras, primero quiso librarse de este daño, llamando al falso profeta Balaam para que maldijese al pueblo de Israel. Aconteció que cuando Balaam iba montado en una horrica á ejecutar su comision, se atravesó en el camino el ángel del Señor, con espada en mano, y la espantó de tal modo que se echó en el suelo debajo del que la montaba, el cual enfurecido, la apaleaba cruelmente para que se levantase. Dispuso entonces el Señor que la pollina hablase y dijese á Balaam: «¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me pegas?» Esta maravilla y la vista del ángel, que de repente se le manifestó, le hicieron desistir de su proyecto contra los hebreos: pidió humildemente que se le perdonase su culpa y prometió volverse á su domicilio. Mas el ángel le respondió, que era la voluntad de Dios que acabase su viaje, porque queria aprovecharse de esta ocasion para mostrar cuan limitado era el poder de los hombres contra su pueblo escogido; y así en lugar de las maldiciones que habian sido el mo-

tivo del viaje de Balaam, pronunció las bendiciones que le dictó el Señor, celebrando la grandeza del pueblo hebreo, profetizando sus victorias, y que de él en los tiempos venideros, cuando se viese en el cielo una estrella nueva, naceria un rey á quien habian de reconocer por su soberano todos los pueblos de la tierra, conforme se verificó en la estrella que guió á los reyes Magos. Visto por Balac el mal éxito de este paso, aprovechóse de un mal consejo dado por el mismo Balaam. Habiendo entendido este mal profeta que si los israelitas estaban en gracia de Dios, nadie bastaria á resistirles; pero que en su desgracia cualquiera los venceria; para ponerlos mal con Dios aconsejó al rey, y púsole él por obra, de juntar de todo su reino el mayor número de doncellas hermosas que pudiese, las cuales bien aderezadas y con instrumentos músicos, haciendo danzas y bailes, fuesen á presentarse delante del campamento de los hijos de Israel; y que si fuesen de ellos codiciadas y se ofreciesen de casar con ellas, consintiesen con tal que adorasen á Beelphegor, el ídolo que los de Moab adoraban. Muchos de los hebreos cayeron en el lazo y vinieron á idolatrar. Y fué caso notable que cuando uno de los hijos de Israel entró, á vista de sus hermanos, en la tienda de una ramera madianita, estándole mirando Moisés, y todos los hijos de Israel, un nieto de Aaron, llamado Finees, con zelo grande por la honra de Dios, visto el mal ejemplo que aquél daba, tomó una lanza, entró en pos del israelita en el lugar donde los dos estaban, y atravesó á entrambos juntamente, enviando dos almas al infierno. Este hecho fué estimado de Dios en mucho, y fué parte para mitigar su enojo, atendido á que Moisés hizo justicia de los que habian idolatrado, ahorcando á los principales y matando á los de menor nombre, que fueron entre todos en número de veinte y cuatro mil personas. Despues de esto, tambien por mandato de Dios, envió Moisés gente de guerra á las órdenes de Finees contra los de Madian, y por el escándalo que habian hecho en el pueblo con sus doncellas, venciólos, pasando á cuchillo todos los varones, entre los cuales fué muerto el mal profeta Balaam, y se apoderaron de sus mujeres y niños y de todos los ganados, quienes quiso Moisés que tambien muriesen, á escepcion de las doncellas y niñas. Ciudades, aldeas y castillos, todo lo devoró el fuego.

Algunos meses despues de la muerte de Aaron hizo Moisés por orden de Dios la enumeracion del pueblo. Caleb y Josué eran los únicos que quedaban de cuantos salieron de Egipto, cumplidos los veinte años de edad; porque el Señor habia dicho que moririan todos en el desierto. Dios dijo en seguida á Moi-

sés: «Sube al monte Nebo y considera desde la cumbre el país que dará á los hijos de Israel, y luego morirás como tu hermano Aaron, porque ambos me ofendisteis y no me glorificasteis ante el pueblo.» En vano suplicó Moisés al Señor que le permitiese pasar el Jordán: el Señor no le escuchó: «Basta, le dijo, no me hables mas: sube al monte y tiende la vista por todas partes, porque no has de pasar el Jordán.»

Fué Moisés, dice Bossuet, ejemplo de los severos zelos de Dios, y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud en los que se hallan obligados de sus dones á una mas perfecta fidelidad. Pero un mas alto misterio se nos muestra en la exclusion de Moisés: este sabio legislador que con tantas maravillas no hace sino conducir los hijos de Dios á la vecindad de su tierra, nos sirve él mismo de prueba que *su ley nada lleva á la perfeccion*; y que sin poder darnos el cumplimiento de sus promesas, nos las hace *saludar desde lejos*, ó cuando mas nos conduce á la puerta de su heredad. Un Josué, un Jesus (pues este era el verdadero nombre de Josué) es quien debe introducir el pueblo escogido en la Tierra Santa. Así Josué, por su nombre y por su empleo, representaba al Salvador del mundo.

Antes de subir Moisés al monte en que debía morir, reunió á todos los hijos de Israel y les habló por última vez: díjoles lo contenido en el libro llamado Deuteronomio, en que está reasumido lo que Dios hizo por su pueblo, y los preceptos de su ley; los exhortó á temer á Dios, á amarle, y á guardarle una fidelidad inviolable: prometiéndoles toda especie de bienes si le servian, y les anunció las mas espantosas desgracias si le abandonaban. Compuso en seguida por orden del Señor el admirable cántico que comienza: *O cielos, escuchad mi voz: dé la tierra oídos á las palabras de mi boca.* (Deut. 32 1.)

Después de haber bendecido Moisés las tribus de Israel, subió á la cumbre del monte: notable fué el sentimiento y llanto de todos los hebreos, así grandes como pequeños: todos se conmovieron á seguirle, mas él con la mano hizo señal que se quedasen. El Señor desde la cumbre le hizo ver la tierra de Canaan y le dijo: «He aquí el país que he prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob; lo has visto, pero no entrarás en él.» Murió, pues, Moisés en este lugar, en tierra de Moab, por mandato del Señor, es decir, no por efecto de alguna enfermedad, sino solamente por la voluntad de Dios, por los años 2553 de la creacion del mundo, el 40 de la salida de Egipto, día primero del mes undécimo, y 1447 antes del Mesias; y su cuerpo fué sepultado por ministerio de ángeles en un valle de la misma tierra de Moab, y ningun

hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro. Era Moisés cuando murió de ciento veinte años, y señala la Escritura que no se ofuscó su vista, ni los dientes se le movieron. Concluye el Deuteronomio diciendo que no se vió jamás en Israel otro profeta semejante á él, con quien conversase el Señor cara á cara, ni que hiciese todos aquellos milagros y portentos que obró en utilidad y provecho de su pueblo contra los egipcios.

Moisés al morir dejó á los israelitas toda su historia desde el origen del mundo, dividida en cinco libros, llamada por los hebreos *Thora*, que significa ley, y por los griegos *Pentateuco*, que es lo mismo que volumen de cinco libros, y son, segun los llamaron los Setenta Intérpretes, el GÉNESIS, el EXODO, el LEVÍTICO, los NÚMEROS y el DEUTERONOMIO. Y porque en el fin del Deuteronomio se pone la muerte de Moisés, hay quien supone que fué añadido por Josué, ó por Esdras; pero Josefo dice que tambien lo escribió Moisés, y que para quitar ocasion á los hebreos de que no le tuviesen por Dios, escribió las circunstancias de su muerte, que pudo conocer por particular revelacion. Créese que escribió igualmente el libro de Job: la sublimidad de los pensamientos y la majestad del estilo hacen esta historia digna de Moisés.

A sus hijos los dejó entre sus conciudadanos sin distincion alguna y sin ningun establecimiento extraordinario, probando así su admirable desinterés y la pureza de su virtud.

En la Escritura hácese mencion de Moisés tantas veces, que seria prolijo referirlas todas. Solo conviene notar que tres evangelistas refieren que cuando Jesucristo Señor nuestro se trasfiguró en el monte Tabor, aparecieron á sus lados Moisés y Elias, los cuales familiarmente trataban con él. Y no fué pequeña honra la que dió Jesucristo á Moisés en elegir á él entre todos los patriarcas y profetas de la ley antigua, para que fuese testigo de su gloria.

La Iglesia Católica lee de Moisés en las lecciones del domingo cuarto de Cuaresma.

Juan Driedon dice que el primer escritor no solo entre fieles, sino tambien entre étnicos, fué Moisés, y precedió por doscientos años á Cadmo, y á Homero y á Hesiodo, que fueron los primeros escritores griegos. El calendario hebreo pone su muerte en 7 de febrero; pero el griego lo mismo que el romano, y el de Usuardo y otros lo ponen en 4 de setiembre.